

debemos estar de acuerdo; pero si no lo estamos, aunque lo sentiré, no escribiré más sobre el asunto, pues hartó he dicho para cansarme y para cansar aun á los más pacientes y benévolos lectores, en cuyo número, así como entre los buenos poetas, pone á usted y le pondrá siempre su admirador, amigo y compañero,

V.



LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

I

La metafísica.

CASI tiene razón *Clarín* cuando asegura que el señor Valera y yo nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El señor Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas comple-

tamente *inútiles*; y yo trato de probar que la metafísica y la poesía son las dos únicas cosas verdaderamente *útiles*. ¿Cuál de nosotros dos hace aquí el papel de tonto?

Y véase por qué razones tan fútiles declara el señor Valera la inutilidad de la metafísica y de la poesía:

“Es menester (dice) que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico; pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa, ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica? Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso, á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia *inútil* y arte *inútil* la poesía.”

Es claro que *discurriendo así* tiene razón; pero como el discurrir así es un mal modo de discurrir, resulta que el señor Valera, que es tan célebre por lo terso de las pecheras de sus camisas, que sirven de espejo hace cuarenta años á toda la diplomacia europea, como por

las catilinarias que escribe contra la metafísica, ignora que si su planchadora no tuviese filosofía, no podría manejar las planchas sin quemarse los dedos, y sin principios de estética no podría dejarle las camisas tan blancas como el ampo de la nieve. En su casa, como en todas, el que cante tendrá que hacerlo en *verso*, y el que haga la cocina en prosa tendrá que poner en práctica una teoría culinaria, aprendida ó inventada, con la cual compondrá esos guisos ideales que el señor Valera y yo tanto hemos celebrado recientemente en la mesa de los señores Cánovas del Castillo. Créame el señor Valera: la metafísica *instintiva*, los órganos cerebrales de *percepción* y *causalidad*, como dicen los frenólogos, bastan y sobran para que le planchen bien las camisas, le proporcionen muebles cómodos y le aderecen huevos con todas las variedades de que habla la fábula de Iriarte; pero es menester que no olvide que, si bastan estas reglas de filosofía *prístina*, que se entiende por *gramática parda*, para vivir según la naturaleza, es necesaria la filosofía *escrita* para lle-

var el orden á las esferas de lo ideal, porque, de lo contrario, resultan vacíos de sentido todos los ramos del saber humano. Por ejemplo: á la carencia de principios generales se debería en la abogacía la degradación de la noción del derecho, sustituyéndola por una páfida esgrima de procedimientos; la crítica, sin filosofía, se convertiría en difamación disimulada, y las saetas que lanza llevarían delante la ira y detrás la envidia. En literatura, suprimida la perspectiva trascendental, se perdería la idea del lejos, y todo sería limitado, pequeño y vulgar.

Mirando volar un águila, me decía una niña: "Mira una mariposa.,, Es natural; no sabiendo apreciar las distancias, como le sucedía á la niña, todas las águilas nos parecen mariposas.

"Macaulay, escribe el señor Valera, el sensato é ilustre Macaulay, no es menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. En suma, todo el ensayo de Macaulay, en elogio de Bacón, es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede ne-

gar, muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía.,,

¿Y quién era el sensato é ilustre Macaulay?

¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Era un escritor caprichoso, filósofo á veces, y poeta de cuando en cuando, que juzgaba á Petrarca, á Byron y á otros grandes poetas como un pedagogo puede tratar á los niños de la escuela. ¿Y con qué derecho se tomaba Macaulay esos aires de autoridad científica? Con ninguno. Como él despreciaba la metafísica, y no escribió ningún sistema de filosofía, se quedó siendo un crítico á la buena de Dios, que acertó en algunos juicios por casualidad, como todo el que se deja guiar sólo por su instinto, y no por la ciencia.

¿Y quién duda que el instinto, lo que el señor Valera llama la metafísica *irreflexiva*, puede realizar actos de perfecto sentido práctico, como acontecía con Macaulay? Hace pocos días vi en el paseo del Retiro un perro que, después de comer unas hierbas, se tendió á dormir la siesta, poniendo el cuerpo al sol y la cabeza á la sombra. Este animal me pa-

reció tan sabio como el gran Boerhaave, cuyo sistema higiénico se reducía á lo siguiente: "Tened el estómago limpio, los pies calientes y la cabeza fría, y reíos de los médicos."

Entre los animales no hay tontos. Los tontos son los racionales que, hablando, argumentan mal; ó que, escribiendo, son unos pésimos traductores de las leyes de pensamiento. Los grandes estadistas, al realizar sus grandes actos históricos, suelen ser unos malos copistas de la moral de los personajes de las fábulas de Esopo. Obrán la mayor parte de ellos dejándose guiar por el instinto, como los animales, y hay que dar gracias á Dios cuando lo tienen tan claro como los héroes del insigne fabulista.

¿Qué eran los grandes hombres de la Revolución francesa más que unos metafísicos en bruto?—Robespierre era un filósofo instintivo, feroz, y cuando escribió, ó realizó, su filosofía, creando el culto de la diosa Razón, resultó ser un mal copista que trasladó las reglas de la conciencia sin exactitud y sin racionalidad alguna.

Y dice el señor Valera:—"Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea."

Estoy asombrado de lo tarde que ha descubierto el señor Valera que el instinto es una metafísica embrionaria. ¿Cómo no ha notado hasta ahora que, aunque nunca hayan leído una aritmética escrita, las cocineras que el señor Valera ha tenido para lo que él llama el *gobierno de la casa*, jamás se han dejado engañar por los astutos revendedores de las plazuelas? ¿Y por qué? Porque todos los seres, incluyendo á sus cocineras, están dotados de una *ciencia infusa* que empieza en el animal como *instinto* y acaba en el hombre como *razón*. Se piensa y se repiensa. El pensar natu-

ral, que no pasa de *instinto*, repensando, produce en el hombre la *reflexión*. La metafísica consiste en pensar sobre el pensamiento; y al declarar el señor Valera su inutilidad, hace retroceder al hombre hasta la categoría de mono sabio, que aunque hace cosas de *entendimiento*, no sabe hacer cosas de entendimiento *entendido*. Y gracias á Dios que, por fin, se ha convencido el señor Valera de que la metafísica, no sólo no es *inútil*, sino que es de *necesidad absoluta*. Si la metafísica la constituyen el conjunto de las leyes del *entendimiento*, ¿qué más da que esté escrita ó que esté sólo pensada? Escrita es una guía exterior, y pensada es un gobernalle interno. Pero, escritas ó pensadas, las leyes del pensamiento son metafísica pura, y esta duda del señor Valera me recuerda la confusión del gallego que decía: "A mí todos han dado en llamarme *Pepe*, y yo me llamo *José*."

Se pregunta el señor Valera á sí mismo:—"¿Tengo yo, ó sé yo filosofía?," Y si la tengo, ¿de qué me sirve? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado

más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía?"—Sí, señor; además de que el señor Valera sabe todas las filosofías que se practican, aunque no se hayan escrito, como sucede, según él dice, "en Rusia, en Polonia, en Hungría, en Turquía, en Portugal y en España," tiene en el cuerpo la metafísica *inexplicada*, que no necesita explicación; el instinto enseñado por la experiencia y agrandado por el hábito. Guiado por esta metafísica, que el señor Valera llama *natural*, se ha lanzado al mundo desde pequeñito, y ha sido embajador, consejero, comensal de muchos príncipes de la tierra, y ha gastado en comer, beber y vestir más millones que los que ha amontonado el legendario Crespo. Ya ve el señor Valera cómo con su filosofía, unas veces escrita y otras sólo pensada, *ha cuidado bien de su hacienda, ha adelantado en su carrera y ha ganado muchísimo dinero*. Y después de todo esto, ¿todavía ¡el ingrato! llama á la metafísica una ciencia *inútil*?

La metafísica instintiva, aplicada con lealtad á los hechos, da lo que se llama

el *sentido común humano*, y si se injerta en el egoísmo, da el sentido común inglés, que era el del sensato é ilustre Macaulay.

Es verdad, es verdad; hay una metafísica natural que obra por instinto, y otra escrita, que suele ser artificial, porque está mal traducida del pensamiento.

De todo lo cual se deduce que la metafísica de los ignorantes puede ser más acertada que la metafísica de los sabios.

Richelieu y Cisneros han solido obrar por medio de una metafísica instintiva con tanto acierto como el asno que, viendo un portillo abierto, se mete á pacer en el cercado ajeno.

Yo sé de un general que decía: "No quiero cabos que sepan escribir.," Este militar creía, sin duda, como Rousseau, "que el hombre poco instruído es un animal depravado.,"

Recordándole á un alcalde del Maestrazgo que cuidase mucho de la instrucción primaria, contestó: "¡Pero, señor jefe, si en el pueblo no hay más hombres de bien que los que nunca han ido á la escuela!," Aquel alcalde presentía tam-

bién que la instrucción incompleta, en vez de aclarar el entendimiento, lo perturba.

¿Quién duda de que el raciocinio, aceptando premisas falsas, suele equivocarse, y que el instinto se equivoca pocas veces?

Y dejando el asunto de la inutilidad de la metafísica, vamos á la cuestión de la inutilidad de la poesía, si es que puedo hallar medio de apoderarme de los argumentos del señor Valera, pues en su alfarería literaria no hay por dónde coger los objetos que fabrica, porque todos los hace lisos, redondos y sin asa.

